

Aspectos de Hispanoamérica

INTRODUCCION

Cuando Colón se hizo a la mar por el camino de Occidente —el Oriental lo monopolizaban las naves portuguesas— con la sana intención de llegar a la China, se encontró, de improviso y sin pretenderlo, con las tierras americanas. El Almirante siguió imaginando, algún tiempo, que había desembarcado en el imperio del Gran Kan y las coletas amarillas, pero lo cierto es que se enfrentaba, genialmente, sin orientación precisa, con un nuevo problema histórico de envergadura internacional.

Coincidiendo con este despiste de Colón, España se encontraba entonces en la conquista de Granada, en donde el primer ejército de tipo moderno, el de Fernando V, apretaba los resortes del sitio, para estrangular el último y más bello jardín de la poesía árabe en la Península. Isabel, la reina, vendió sus joyas de mujer y de soberana para empeñar la descabellada aventura, y entre despistes, casualidades, ciencia ficción, novelarías y caballerías, emerge del Mar Océano, como una quimera y una realidad esplendorosa y tangible, la voz y el nuevo destino occidental de las Indias.

¡AMERICA, AMERICA!

Como en la película de Elia Kazan, los españoles, que por aquellas fechas históricas estaban poniendo picas en Flandes, Italia, Alemania, Portugal, etc., corren desalados a Sevilla, donde las esperanzas de oro y de aventuras ponían en sus cuerpos y sus almas, al viento marino, todas las banderas del bien y el

mal, del espíritu y de la codicia, del águila y del becerro. Allí no se fue como turista, ni con la única idea colonial, económica, del siglo XIX; allí se embarcó España entera con todo lo que significaba y representaba: el estilo barroco y el Concilio de Trento, don Quijote y la picaresca, los gremios y los mercaderes, los capitanes y los porqueros. Todo.

CONTINUIDAD HISTORICA

En consecuencia, la humanidad española —ya de por sí demasiado humana—, se embarcó hacia aquel punto sutil en que la historia europea se enfrentaba con la naturaleza de las nuevas Indias Occidentales. Occidentales sólo entonces, geográficamente hablando. Y allí el español anduvo, luchó, murió, mató, tuvo hijos, ganó tierras, pleiteó con los suyos, y terminó por afincarse en Méjico, Perú, Colombia y Argentina. En todo. Cuando en cierta ocasión le preguntaron al excesivo Nietzsche sobre lo que pensaba de los españoles, dijo: "Los españoles han pretendido demasiado"; o como decimos por aquí: el que mucho abarca poco aprieta.

Aunque quizás, en este caso, no se tratara de abarcar poco ni mucho, sino de apretar con torpeza los resortes de la unidad continental —desgarrada en naciones—, el aprovechamiento de la industrialización europea —a ejemplo de lo que empezaron a hacer los ingleses—, y la incorporación radical del indigenismo a las tareas inteligentes, poéticas, de una verdadera continuidad histórica.

LA MADRE ESPAÑA

Es cierto que, pesados los platillos de la balanza, algún haber positivo nos corresponde a los españoles en la conquista de América, pudiendo incluir sin excesivos sonrojos, entre los más renombrados, la religión cristiana de los pobres, la lengua de Fierro, las leyes de Indias y las espadas de Cortés y Bolívar. Y la de San Martín. Y entre los haberes negativos, la introducción de la esclavitud de los negros, las peleas de gallos mejicanas, el individualismo, y la impericia en saber administrar, primero los españoles y después los americanos, las riquezas naturales y las relaciones políticas. ¡La madre España! Madre, como todas las madres, amando con frenesí a sus hijos, pero también madre, como todas las madres, sin comprenderlos del todo. Porque la madre, al fin y al cabo, es una mujer, y el hijo, al fin y al cabo, es un hombre; e históricamente, a escala continental, siguen haciéndonos sombra, de orilla española a orilla americana, la esfinge de Tebas, el complejo de Edipo y la tragedia griega de familias y estirpes comunes. ¿No empezó ya la reina Isabel, aquella reina Isabel que había empeñado sus joyas para la aventura americana, por dejarnos en su testamento la otra aventura de Africa? ¿No fue aquel testamento "unamuniano" el que dispersó grandes fuerzas imperiales en correrías y esfuerzos inútiles con Cisneros y Carlos V, el Emperador?

LA MADRE AMERICA

Cierto o no lo que dijo Spengler: que la civilización occidental se moría sin remedio, el caso es que podríamos atender, por si tuviera razón, algo de sus pronósticos y agorerías. Teniendo en cuenta, además, que Spengler no dijo cuándo iba a completarse el círculo y que, puesto que era inevitable la muerte de Occidente, deberíamos aprovechar sus últimas y más sutiles oportunidades, es evidente, para nosotros, que la "oportunidad" de España, en la civilización europea (recuérdese el sutil distinguo que hace Spengler entre cultura y civilización), es América, la madre América.

Nosotros, los españoles, vivimos desde hace muchos años en una geografía pequeña, la Península, y en una historia embarullada, la europea; y quizás necesitamos otros y grandes horizontes donde, por una parte, volver a tomar contacto con la madre naturaleza, y por otro, incluirnos culturalmente (quizás no desde un punto de vista político), en la madre historia que, en un futuro próximo, pueden hacer los países hispanoamericanos. Si esto es o no posible, si es oportuno, el porvenir es el que tiene que decidirlo, aunque, con tomar conciencia del problema y plantearlo agudamente, creo que no perderíamos nada. Desengañémonos: de cara al porvenir, la verdadera madre es América y no España, o quizás, si nos lo proponemos, esa España mayor de que tanto se habla y sobre la que muy pocos hacen alguna cosa. Más bien poco y pocos.

Hace años, recuerdo que el famoso novelista Fernández Flórez, ya fallecido, fue a América; y cuando volvió, los periodistas le hicieron algunas preguntas sobre sus impresiones ame-



La revolución de Panamá; deberíamos aprovechar sus últimas y más sutiles oportunidades